

DE VENTA

En la librería *La Ilustración* de D. Rafael
B. Ortega, 1ª calle de Sto. Domingo núm. 12.

PUBLICADOS

los tomos dedicados a

Manuel Acuña.

Manuel M. Flores.

Antonio Plaza.

Ignacio M. Altamirano.

Esther Tapia de Castellanos.

EN PRENSA.

Ignacio Rodríguez Galván.

Juan de Dios Peza.

Sor Juana Inés de la Cruz.

Guillermo Prieto.

Manuel Carpio.

José Rosas Moreno.

José Joaquín Fernández de Lizardi.

(El Pensador Mexicano.)

EL PARNASO MEXICANO

PUBLICACION ECONOMICA

JOSE ROSAS MORENO

POESIAS



LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

MEXICO

1885.

El Parnaso Mexicano.

JOSE ROSAS MORENO.

EL PARNASO MEXICANO.

JOSE ROSAS MORENO.

SU RETRATO Y BIOGRAFIA
CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboración de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto, Manuel Peredo,

José M. Vigil, José M. Bandera,

Juan de D. Peza, Francisco Sosa, Joaquin Trejo,

Hilarión Frias y Soto

y otros de nuestros más eminentes literatos
de esta Capital y de los Estados.

LIBRERÍA LA ILUSTRACIÓN.

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12.

México, 15 de Octubre de 1885.

JOSE ROSAS MORENO.

Nació en la ciudad de Lagos (Estado de Jalisco) el 14 de Agosto de 1838. Fueron sus padres D. José Ignacio Rosas, labrador honrado é inteligente, y D^a Olalla Moreno, de la familia del caudillo de la independencia D. Pedro Moreno, célebre en la historia, porque fué compañero y segundo de Mina, y defensor del fuerte de "El Sombrero."

Rosas pasó dulcemente en su ciudad natal los primeros seis años de su vida; después se trasladó á León (Estado de Guanajuato) con su familia.

En 1851 vino á México á perfeccionar su instrucción primaria, y despues estudió latinidad en el colegio de San Gregorio, y en el de Minería, primer curso preparatorio. Vuelto á Guanajuato en 1854, perfeccionó su edu-

cación profesional, y en todas las materias (exceptuando las matemáticas) obtuvo los primeros premios.

Perseguido en tiempo de Miramón por sus opiniones políticas liberales, tuvo que abandonar el colegio y refugiarse en la Sierra de Santa Rosa. En Dolores fué capturado, y después de haber permanecido en Guanajuato preso algunos días, regresó á Lagos, donde fué nuevamente perseguido.

En 1866 volvió á León, y allí fué regidor del Ayuntamiento, en 1862, y después miembro de la Junta de Instrucción pública.

Al triunfo de la República, en 1867, Rosas salió electo diputado por León al Congreso general; pero graves cuidados de familia le impidieron desempeñar su alto encargo. En 1870 fué electo nuevamente diputado, y reelecto en 1872, y fué después diputado a la Legislatura de Guanajuato.

Rosas ha escrito mucho, y sus obras principales son "Hojas de Rosa," poesías (México, 1864). Fábulas.—Tienen prólogo de D. Ignacio M. Altamirano; merecieron una mención encomiástica de la Academia mexicana de ciencias y literatura, y han sido tan bien aceptadas, que se han hecho de ellas tres edicio-

nes. Algunas de esas fábulas han sido traducidas al inglés, una de ellas por William Cullen Bryant.—Nuevo libro 2º (16 ediciones).—La ciencia de la dicha (tres ediciones).—Libro de Oro de las niñas.—Ortología (3 ediciones).—Manual de Urbanidad.—"Un viajero de diez años."—"Excursiones por el cielo y por la tierra."—"Recreaciones infantiles" (dos ediciones).—"Nuevo amigo de los niños."—"Compendio de la Historia de México."—"Libro de la Infancia" (dos ediciones).

Fundó varios periódicos. En León *El Tío Canillitas*, la *Madre Celestina*, la *Discusión*, el *Hombre que ríe*, la *Educación* y el *Album Literario de León*.

En México: *Biblioteca de los Niños*, la *Edad Infantil* y los *Chiquitines*.

Ha escrito bastantes obras dramáticas, y de ellas conocemos las siguientes: «Flores y Espinas,» (drama en tres actos y en verso.) «Una mentira inocente,» (comedia, 2 actos.) «Nadie se muere de amor,» (comedia, 3 actos.)—«Un proyecto de divorcio,» (comedia, 1 acto.)—«Los parientes,» (comedia, 3 actos.) «El pan de cada día,» (comedia, tres actos.) «Sor Juana Inés de la Cruz,» (drama en tres actos.)

Entre sus comedias infantiles son muy no-

tables el "Año Nuevo," el "Premio de la Virtud," "Amor filial" y "Una lección de Geografía."

Dejó inéditas dos comedias: «La Mujer de César» y «Al rededor de la cuna.» Esta última es enteramente original, aunque en la forma desconocida hasta hoy por nuestro público; algo se asemeja á los pequeños dramas de Ernesto Legouvé.—Inédito está también su drama histórico-mexicano «El Bardo de Alcohucan.

Rosas era miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, del Liceo Hidalgo, del Porvenir y de otras corporaciones de la capital y los Estados. El Presidente honorario de la Sociedad de Enseñanza popular de León, que sostiene más de diez escuelas gratuitas para artesanos.

Publicó un poema titulado "Recuerdos de la Infancia," para el cual escribimos un prólogo biográfico, de donde tomamos los datos que aquí nos han servido. Rosas, como poeta, es de una extraordinaria dulzura, y su estilo es tan correcto, que sin temor de equivocarnos, podemos asegurar que si tenemos en México clásicos, él es uno de ellos.

Por lo que hemos dicho, se verá que en to-

dos sus escritos trató de instruir y de moralizar á la juventud. Esta noble acción siempre habrá de agradecerle su patria, que le ve como á uno de sus hijos predilectos.

Rosas murió en Lagos, sin que le hubieran acompañado á su última morada sus amigos, á excepción de D. Justino Frade, que era el más íntimo de cuantos trataba. Debióse ésta, que podría á primera vista llamarse indiferencia social, á que nadie supo el fallecimiento del ilustre y egregio poeta, sino dos días despues de que lo habían sepultado.

El nombre de Rosas es uno de los más brillantes que registran los anales de la literatura pátria, y pasará á la posteridad coronado de laureles, y acompañado de los aplausos que se tributan al génio.

Rosas fué para el que estas líneas escribe, un hermano cariñoso y leal; permítasele, pues, que ofrezca á su memoria las siempre vivas del recuerdo, de la admiración, de la gratitud y del cariño.

JUAN DE DIOS PEZA.

¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Es la existencia un cielo
 Cuando el alma soñando embelesada
 Con amoroso anhelo,
 En los ángeles fija su mirada.
 ¡Feliz el alma que á la tierra olvida
 Para vivir gozando!
 ¡Quién pudiera olvidarse de la vida!
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

En esta estrecha y mísera morada
 Es un sueño engañoso la alegría;
 La gloria es humo y nada
 Y el más ardiente amor gloria de un día.
 Afán eterno al corazón destroza
 Cuando los sueños ¡ay! nos van dejando.
 Sólo el que sueña goza.
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

De su misión se olvidan las mujeres.
 Los hombres viven en perpétua guerra;
 No hay amistad, ni dicha, ni placeres;
 Todo es mentira ya sobre la tierra.
 Suspira el corazón inútilmente. . . .
 La existencia que voy atravesando
 Es hermosa entre sueños solamente.
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Sin mirar el semblante á la tristeza
 Pasé de la niñez la dulce aurora,
 Contemplando entre sueños la belleza
 De ardiente juventud fascinadora.
 Pero ¡ay! se disipó mi sueño hermoso,
 Y desde entonces siempre estoy llorando
 Porque sólo el que sueña es venturoso.
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

LA JUVENTUD.

Juventud, juventud bajo tus álas,
 Busqué en mi único amor sombra y abrigo,
 Me negaste tus goces y tus galas.....
 Ingrata juventud, yo te maldigo.

Francisco Gonzalez Bocanegra.

¡Cuán rápidos pasaron
 Los dulces años de la infancia mía,
 Esos años de paz y de alegría
 Que tanto acariciaron
 Al corazón que sin afán dormía!
 Pasaron como el viento,
 Cual pasa siempre la ilusión querida,
 Como pasan la dicha y el contento.
 Tendió sus álas la tormenta oscura,
 La calma se alejó despavorida
 Y vinieron las horas de amargura:
 ¡Ay, cuán presto se acaba la ventura!
 ¡Como pasan los años de la vida!

Quién me diera el encanto misterioso
 De aquellas ilusiones seductoras
 Tan sentidas después y tan lloradas.
 ¡Quién pudiera volverme aquellas horas,
 Aquellas horas por mi mal pasadas!
 ¡Ay! entonces cruzaba la existencia,
 Tranquilo y descuidado,
 En medio de la paz y la inocencia.
 Sin esta indecisión que me acobarda,
 Encantado por dulces embelesos,
 De mi ángel bueno en los amantes brazos
 Y al blando són de los maternos besos.
 Pero ha pasado la niñez hermosa,
 Y hoy devoro tormentos á millares:
 Hoy el capricho del falaz destino
 Me aparta á mi pesar de mis hogares,
 Y al impulso del ráudo torbellino,
 Entre los mares del dolor me pierdo;
 Pues del placer pasado y la alegría
 Le queda al corazón sólo el recuerdo,
 ¡Último aroma de la flor de un día!

Pasó la edad de la inocencia pura,
 Y tú veniste, juventud galana,
 Radiante de placer y de hermosura
 Como una flor en su primer mañana.
 Tú veniste, cuál sueño de ventura,

Ansiando amor y derramando amores,
 Húmedos de pasión los labios rojos,
 La sién ceñida de fragantes flores,
 Y el fulgor del relámpago en los ojos.

Yo miré tu belleza, cariñoso,
 Te fuí á buscar en mi delirio ciego,
 Y entre tus brazos me arrojé gozoso
 Cual inocente niño
 Que corre á asir el devorante fuego.
 Entre tus flores ¡ay! tú me trajiste
 La ilusión que la calma me arrebató,
 La hermosa virgen por quien vivo triste,
 La virgen ¡ay! que por mi mal existe,
 Por mi mal, tan hermosa y tan ingrata.

Al contemplar su espléndida belleza,
 Paraíso de amor y de ventura
 Me pareció la vida,
 Y en mi amoroso anhelo,
 Sin recordar que al fin todo se olvida,
 Juzgué que en el amor se hallaba el cielo.
 Corriendo en pos de la ilusión funesta
 Deslumbrado busqué la bienandanza,
 Y he sabido las lágrimas que cuesta
 El delirio de amar sin esperanza.

¿Por qué veniste á desgarrar mi pecho

Y con tus llamas á abrasar mi frente,
 Aciaga juventud. ¿Por qué veniste
 Si en vez de la ilusión que me ofreciste,
 De los goces y dulces alegrías
 Que me brindaste con falaz halago,
 Me diste sólo, de mi amor en pago,
 Noches amargas y funestos días?

Huye de mí con tus encantos pérfidos;
 Ya no pretendas fascinar el alma
 Con la luz de tus mágicos colores:
 Vuelve á mi pecho la perdida calma,
 No quiero ya tus engañosas flores.

No quiero ya tu torbellino eterno,
 Porque hoy su horrible agitación me mata;
 Sólo anhelo la dicha de la muerte;
 No quiero verte, juventud ingrata,
 Ya más no quiero en mi presencia verte.

En otro tiempo ambicioné tu abrigo,
 Te fuí á buscar y te tendí la mano:
 Hoy que ya con tu fiebre me fatigo,
 Que busco paz y que la busco en vano,
Ingrata juventud, yo te maldigo.

EL ZENTZONTLE.

¡Cuán dulce es la armonía
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,
Cuánta melancolía;
Qué extraño sentimiento
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío,
Y alegres himnos amoroso exhalas,
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente Estío,
Cuando el sol en el cielo apenas arde,

El himno de la tarde
Cantas en las praderas,
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Cuando la luna pálida fulgura,
Como virgen que vela enamorada,
Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa,
Y la nocturna diosa
Vierte doquier su plácido beleño
En el sereno ambiente,
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu cadenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido
De un alma ardiente que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día
Entre las olas de la mar hirvientes

La adorada y hermosa pátria mía,
 Quiso amoroso Dios que independientes
 Los sinsontes su atmósfera cruzáran
 A la luz de sus ástros refulgentes;
 Que allí su dulce amor tiernos buscáran,
 Y orgullosos volando en las alturas,
 Su juventud espléndida cantáran
 En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entonce en ráudo vuelo
 Cruzan su hermoso suelo,
 Sus soberbias montañas, sus vergeles,
 Sus floridos y extensos limonares,
 Sus magníficos bosques de laureles;
 Y suspiran dulcísimos cantares
 Impregnados de amor y sentimiento,
 Y el ambiente respiran de sus mares,
 Y orgullosos se mecen en el viento
 Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora
 La reina de Occidente,
 Ornando jaspes de vistosas plumas
 Alzaba al cielo la serena frente,
 Y Axayacatl valiente,
 Humillando á sus piés á las naciones
 Sus gloriosas conquistas extendía,

Y doquier la victoria sonreía
 A la sombra feliz de sus pendones,
 En la risueña márgen de los lagos,
 Los sinsontes, con notas celestiales,
 Del guerrero imitaban la querélla,
 El discorde vibrar de los timbales,
 La enamorada voz de la doncella,
 Y el clamor de los himnos nacionales.
 Otras veces, volando en la espesura,
 De la fuente imitaban los rumores,
 El lamento del mirlo entre las flores.
 La querellosa voz de la paloma,
 De hondos suspiros llena,
 Del tardo buey el trémulo bramido,
 Y el hórrido silbido
 Del reptil que se arrastra entre la arena.

Así cual del Anáhuac contemplando
 La majestad divina
 Que un sol de fuego espléndido ilumina
 Mústia y triste la Europa nos parece,
 Y su antigua hermosura palidece;
 Así cuando el sinsonte enamorado,
 Feliz se oculta en el risueño prado
 Y canta entre las palmas y las flores,
 Deben enmudecer los ruiseñores.

Tú, inimitable artista,
 En mil revueltos giros
 Volando caprichoso,
 Imitas cadencioso
 Ecos, cantos murmullos y suspiros.
 Siempre hallas una voz y una armonía
 Para expresar tu duelo,
 Y traduces en tierna melodía
 Del amor el dulcísimo consuelo
 Y el ardiente placer de la alegría.
 Tienes siempre al mecerte por el viento,
 Para todos los goces un acento;
 A todo prestas inefable encanto,
 Y ora el dolor te agite, ora el contento,
 No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento
 Que tú no expreses con tu tierno canto.

¡Cual conmueve tu voz el alma mía!
 ¡Bendita la armonía
 De tu suspiro amante,
 Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
 Morador de sus bosques silenciosos,
 Trovador de sus lagos rumorosos.

¡Plegue al piadoso cielo
 Que en estrecha prisión nunca suspires
 Triste canción de duelo,

Que en orgulloso vuelo
 Cruzando las inmensas cordilleras,
 A nuestra pátria mires
 Bendita por la historia;
 Y que repitas siempre en tus cantares
 El himno de su gloria,
 Al gemir de los anchos platanares
 Y al rumor de las olas de sus mares.

LA VUELTA A LA ALDEA.

Ya el sol oculta su radiosa frente;
 Melancólico brilla en Occidente
 Su tímido esplendor;
 Ya en las selvas la noche inquieta vaga
 Y entre las brisas, lánguido se apaga
 El último cantar del ruiseñor.

¡Cuánto gozo escuchando embelesado
 Ese tímido acento apasionado
 Que en mi niñez oí!
 Al ver de léjos la arboleda umbrosa,
 ¡Cuál recuerdo, en la tarde silenciosa,
 La dicha que perdí!

Aquí al son de las aguas bullidoras,
 De mi dulce niñez las dulces horas
 Dichoso ví pasar,

Y aquí mil veces al morir el día,
 Vine amante después en mi alegría
 Dulces sueños de amor á recordar.

Ese sáuce, esa fuente, esa enramada,
 De una efímera gloria ya eclipsada
 Mudos testigos són:
 Cada árbol, cada flor, guarda una historia
 De amores y placer, cuya memoria
 Entristece y halaga al corazón.

Aquí está la montaña, allí está el río;
 A mi vista se extiende el bosque umbrío
 Donde mi dicha fué.
 ¡Cuántas veces aquí con mis pesares,
 Viene á exhalar de amor tristes cantares!
 ¡Cuánto de amor lloré!

Acá la calle solitaria; en ella
 De mi paso en los céspedes la huella
 El tiempo ya borró.
 Allá la casa donde entrar solía,
 De mi padre en la dulce compañía.
 ¡Y hoy entro en su recinto sólo yo!

Desde esa fuente, por la vez primera,
 Una hermosa mañana, la ribera
 A Laura ví cruzar;

Y de aquella arboleda en la espesura,
Una tarde de Mayo, con ternura
Una pálida flor me dió al pasar.

Todo era entonces para mí risueño;
Mas la dicha en la vida, es sólo un sueño,
Y un sueño sué mi amor.
Cual eclipsa una nube al rey del día,
La desgracia eclipsó la dicha mía
En su primer fulgor.

Desatóse estruendoso el torbellino
Y al fin airado me arrojó el destino
De mi natal ciudad.
Así cuando es feliz entre sus flores,
¡Ay! del nido en que canta sus amores
Arroja al ruiseñor la tempestad.

Errante y sin amor siempre he vivido;
Siempre errante en las sombras del olvido...
¡Cuán desgraciado soy!
Mas la suerte conmigo es hoy piadosa;
Ha escuchado mi queja, cariñosa,
Y aquí otra vez estoy.

Ni sé, ni espero, ni ambiciono nada,
Triste suspira el alma destrozada,
Sus ilusiones ya;

Mañana alumbrará la selva umbría
La luz del nuevo sol, y la alegría
¡Jamás al corazón alumbrará!

Cual hoy, la tarde en que partí doliente,
Triste el sol derramaba en Occidente
Su moribunda luz:
Suspiraba la brisa en la laguna,
Y alumbraban los rayos de la luna
La solitaria cruz.

Tranquilo el río reflejaba el cielo,
Y una nube pasaba en blando vuelo,
Cual pasa la ilusión;
Cantaba el labrador en su cabaña,
Y el eco repetía en la montaña,
La misteriosa voz de la oración.

Aquí está la montaña, allí está el río...
¿Más donde está mi fé, dónde, Dios mío,
Dónde mi amor está?
Volvieron al verjel brisas y flores,
Volvieron otra vez los ruiseñores...
Mi amor no volverá.

¿De qué me sirven, en mi amargo duelo,
De los bosques los lirios, y del cielo
El mágico arrebol,

El rumor de los céfiros suaves,
Y el armonioso canto de las aves,
Si ha muerto ya de mi esperanza el sol?

Del arroyo en las márgenes umbrías,
No miro ahora como en otros días,

A Laura sonreír.

¡Ay! en vano la busco, en vano lloro,
Ardiente en vano su piedad imploro;
Jamás ha de venir. . . . !

RECUERDOS DE LA INFANCIA

FRAGMENTOS.

Junto á las puertas del cielo,
Vive el hombre soñador
Llorando en perpétuo anhelo,
Que la historia del amor
Es historia del dolor,
Junto á las puertas del cielo.

Bendita por el amor
Miro una humilde casita
Entre naranjos en flor,
Y una pobreza bendita,
Bendita por el amor.

Es la palabra del cielo
Necesaria, no os asombre,

Para expresar este anhelo;
¡Madre! ¡madre! Este es el nombre,
Es la palabra del cielo.

La corriente de la vida
Va por el viento impelida
Como las rápidas olas,
Me dijo mi madre á solas
Con inefable cariño,
Porque yo, cándido niño,
En lucha no interrumpida
Quise el agua contener. . . .
¡Quién pudiera detener
La corriente de la vida!

Van volando todavía
En mi memoria las flores,
Que yo deshójará un día,
Y las hojas de colores
De la flor de mis amores
Van volando todavía.

Es el pájaro que canta,
Dije una vez, madre mía,
Un tesoro de armonía;
Y fué mi ventura tanta
Que mucho hablaba y reía
Y exclamó mi madre inquieta:

"Tú pareces un poeta,"
—¿Y qué es eso, madre santa?
Ella besóme llorando,
Y me dijo suspirando:
—Es el pájaro que canta.

Las estrellitas del cielo
Miraba con dulce anhelo,
Y mi madre sonreía:
En el plácido arroyuelo
Retratadas las veía,
Y mi madre me decía:
También ¡oh niño! en el suelo,
Como el agua trasparente,
Refleja el alma inocente
Las estrellitas del cielo.

¡Cuán amarga es esta vida!
Triunfa do quiera el rencor
Y todo pasa y se olvida.
Es breve sueño el amor
Y sólo es cierto el dolor.
¡Cuán amarga es ésta vida!